CUATRO BEATOS BENEDICTINOS DE LOS SIGLOS XIX Y XX: MARÍA ADEODATA PISANI, CARDENAL DUSMET, COLUMBA MARMION Y CARDENAL SCHUSTER

ALFREDO SIMÓN

La vida monástica ha ofrecido a la Iglesia a lo largo de los siglos numerosos ejemplos concretos de santidad que ilustran el significado central que ha ocupado en la historia y en la configuración de la espiritualidad cristiana hasta la actualidad. De hecho Juan Pablo II recordaba recientemente que la experiencia monástica se sitúa en el corazón de la vida cristiana y constituye una memoria evangélica para el mundo y un punto de referencia constante para todos los bautizados[1]. Dentro del programa de este Simposio dedicado al estudio histórico de la santidad cristiana en la época contemporánea me propongo recordar brevemente a tres monjes y a una monja de los siglos XIX y XX declarados beatos por Juan Pablo II, aunque podrían añadirse otros benedictinos como el beato Plácido Riccardi (†1915) o la beata Fortunata Viti (†1922) u otros monjes y monjas de la tradición monástica cisterciense[2].

1. La beata María Adeodata Pisani (†1855)

La monja benedictina María Adeodata Pisani fue beatificada por Juan Pablo II durante su visita a Malta el 9 de mayo de 2001. Había nacido en Nápoles en 1806. Su padre pertenecía a la aristocracia maltesa y su madre era napolitana. El padre, que se había separado de la madre, participó en los motines liberales de los años 1820-23 lo que le causó el arresto y el exilio. Después de cursar los estudios como alumna interna se marchó de Nápoles para trasladarse a Malta en 1825. Allí rechazó las propuestas de matrimonio que le prepararon sus padres

1. Cfr. Juan Pablo II, *Discurso en el Monasterio de Rila (Bulgaria)*, 25-5-2002, en «Ecclesia» 3104 (2002) 31.
2. Cfr. *Il Beato Placido Riccardi OSB,* a cura di Luigi Crippa, Roma 1995. García María Colombás, *La tradición benedictina. Ensayo histórico,* t. VIII: *El siglo XIX,* Zamora 1999, pp. 594ss.

y en cambio decidió ingresar en el monasterio de benedictinas de S. Pedro de Medina donde emitió su profesión religiosa en 1830. Su humildad, su pobreza y su fidelidad a la vocación monástica impresionaron a la comunidad que conocía por otra parte su procedencia noble. Desempeñó los cargos de portera y de sacristana antes de ser nombrada maestra de novicias en 1841 y abadesa en 1851. Su caridad hacia los pobres, que abundaban en la isla, se hizo proverbial. En la época no era frecuente el cuidado de la formación religiosa y cultural de las monjas. Sin embargo María Adeodata estudió atentamente la Regla de San Benito de modo que logró delinear una clara espiritualidad que permitió al monasterio restaurar la identidad benedictina de las monjas y la vida comunitaria que yacía casi en el olvido. Escribió también un diario titulado *El jardín místico del alma*. En unos momentos de gran decadencia y en medio de muchas contradicciones María Adeodata ofreció un testimonio elocuente y riguroso de vida evangélica que ayudó a la comunidad a progresar en el camino monástico del seguimiento de Cristo. En 1853 cesó en su cargo abacial y murió en 1855. Su fama de santidad se difundió pronto por toda la isla de Malta[3]. La beata María Adeodata representa un modelo de santidad ordinaria vivida en una comunidad religiosa monástica a través de la práctica fiel de las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad al ritmo de la oración que marca la Regla de San Benito y en un contexto político y social del siglo XIX adverso para la Iglesia y lleno de dificultades para la realización práctica de la vida cristiana y religiosa.

2. El beato Giuseppe Benedetto Cardenal Dusmet († 1894)

El cardenal Dusmet nació en Palermo en 1818 y recibió el nombre de Melchor[4]. Su padre era un noble de ascendencia belga y su madre procedía de Nápoles. Según la costumbre de la época a la edad de seis años lo llevaron a la abadía benedictina de San Martino delle Scale, a pocos kilómetros de Palermo, con el fin de que comenzara sus primeros estudios. Regresa después con su familia a Nápoles, a donde se había trasladado su padre, para volver a San Martino de nuevo en 1833 y emprender los estudios humanísticos hasta los diecinueve años, edad en la que decide entrar en el noviciado. Emitirá su profesión mo-

3. *Ibid.,* pp. 591ss. Congregatio de Causis Sanctorum, *Positio super Virtutibus Mariae Adeodatae Pisani,* Roma 1994.

4. Cfr. Anselmo Lipari, *Dusmet. Una carità senza confini,* Abbazia di S. Martino delle Scale 1988. Tommaso Leccisotti, *Il Cardinale Dusmet,* Catania 1962.

nástica en 1840 y sucesivamente en 1841 recibirá la ordenación sacerdotal. A partir de ese momento desempeñará diferentes cargos como el de archivero, profesor de filosofía y administrador. Las turbulencias políticas de Italia en el siglo XIX tuvieron sus consecuencias en los monasterios, que fueron en muchos casos suprimidos por la autoridad civil. Dusmet fue nombrado prior de S. Flavia de Caltanissetta para intentar solucionar los problemas derivados de las difíciles relaciones Iglesia-Estado. De hecho, la mitad del monasterio la habitaban los militares. Se distinguió es esta ocasión por su caridad con los pobres de la ciudad en una época de gran depresión económica. En 1858 fue designado como abad del monasterio de S. Nicolò dell'Arena, en Catania, que contaba con una importante tradición espiritual y cultural en la región. En 1862 tuvo que aceptar la «invasión» del monasterio por parte de Garibaldi y su ejército, delicada situación que supo dominar con inteligencia. Pocos años más tarde le tocará tristemente poner en acto el decreto de supresión de los monasterios de 1866, que afectaba también a S. Nicolò. Disuelta la comunidad, pudo no obstante permanecer con un reducido grupo de monjes en el monasterio con el consenso de la autoridad civil.

El Papa Pío IX le nombró en 1867 Arzobispo de Catania y en la Basílica de San Pablo Extramuros recibió la consagración episcopal. Su posterior ingreso en la catedral de Catania estuvo rodeado de entusiasmo popular. Vivió rodeado de monjes en el obispado y conservando el horario, el silencio y la austeridad monástica. Como pastor tuvo que afrontar la nueva situación política de la unidad italiana, la difusión del liberalismo y del anticlericalismo y la moralidad del clero. Logró sin embargo reabrir el seminario, creó un instituto para los niños pobres y otras asociaciones apostólicas. Realizó incluso cinco visitas pastorales a toda la diócesis. Supo permanecer cerca de la gente en los momentos críticos. Por ejemplo, en 1886 llevó a Nicolosi la reliquia de S. Ágata para detener la lava del volcán Etna y, durante las epidemias de cólera, socorrió con premura a los enfermos.

Dusmet proyectó con el Papa León XIII la fundación del Colegio internacional y Ateneo de San Anselmo en Roma al servicio de todos los benedictinos del mundo[5]. Para ello se reunió un Congreso de abades en 1886 con el fin de tratar el tema del Colegio y el de la creación de una Confederación benedictina que agrupara todos los monasterios masculinos. San Anselmo fue inaugurado en 1888 en la sede provisional del Palazzo dei Convertendi y en ese año fue nombrado Car-

5. García María COLOMBÁS, *La tradición benedictina,* cit., pp. 507-534. Pius ENGELBERT, *Geschichte des Benediktinerkollegs St. Anselm in Rom von den Anfängen (1888) bis zur Gegenwart,* Studia Anselmiana 98, Roma 1988.

denal. Dusmet puso la primera piedra del nuevo edificio en el Aventino en 1893.

El Cardenal murió en 1894, un año especialmente marcado por la agitación social y política en Sicilia. Dusmet permaneció siempre fiel a su vocación monástica fundamentada espiritualmente en la liturgia y en la *lectio divina,* pero destacó sobre todo por su asistencia a los pobres y por su extrema austeridad. Fue beatificado en 1988, año del centenario del Ateneo de San Anselmo de Roma. En el contexto italiano del siglo XIX, lleno de serias dificultades para la Iglesia y el monacato, el beato Dusmet se presenta como un santo que sirve al Señor y sigue a Cristo a través de todas las etapas de su vida como monje, abad, arzobispo y cardenal profundamente radicado en la espiritualidad monástica y plenamente abierto a la actividad de su ministerio pastoral.

3. El beato Columba Marmion (†1923)

Dom Columba Marmion es considerado uno de los maestros de espiritualidad más relevantes de la primera mitad del siglo XX cuyos escritos principales *Cristo vida del alma* (1917), *Cristo en sus misterios* (1919) y *Cristo ideal del monje* (1922), traducidos a trece idiomas, alimentaron la vida espiritual de todo tipo de cristianos, papas, religiosas, sacerdotes, laicos, obispos o monjes[6].

Había nacido en Dublín en 1858 e hizo sus primeros estudios con los Agustinos y con los Jesuitas. A los quince años entró en el Seminario diocesano y posteriormente, en 1879, su obispo lo envió al Colegio Irlandés de Roma para el perfeccionamiento de sus estudios teológicos. Fue ordenado sacerdote en 1881. En Italia conoció a los monjes benedictinos primero en Monte Casino y después a través de Dom Rosendo Salvado, abad-obispo de Nueva Nursia (Australia). Cuando regresó a Irlanda trabajó como coadjutor en Dundrum, como capellán en una prisión de mujeres, capellán de las Redentoristas y como profesor de religión. Más tarde el obispo lo nombró profesor de filo-

6. Cfr. Congregatio de Causis Sanctorum, *Positio super virtutibus Josephi Columbae Marmion,* 2 vols., Roma 1994. García María Colombás, *La tradición benedictina. Ensayo histórico,* t. IX, 1: *El siglo XX,* Zamora 2001, pp. 123-153. Paolo Gionta, *Le virtù teologali nel pensiero di Dom Columba Marmion,* Roma 2001. Id., *Columba Marmion. L'attualità di un maestro che indica il cammino spirituale verso la santità,* en «La Scala» 55 (2001) 255-266. F. Poswick, C. Soliamont, *Dom Columba Marmion,* Seregno 2001. M.M. Philippon, *La doctrine spirituelle de Dom Marmion,* Paris 1954. R. Thibaut, *Dom Columba Marmion. Un Maître de la vie spirituelle,* Maredsous ²1953. Mark Tierney, *Dom Columba Marmion: a biography,* Dublin 1995.

sofía en el seminario de Clonliffe y confesor de los seminaristas. En esta época un amigo suyo se hizo monje en la abadía de Maredsous (Bégica) y durante las visitas que le hizo quedó tan impresionado de la vida monástica y de las celebraciones litúrgicas que entró él también en la abadía en 1887. Se entregó totalmente al Señor y realizó la profesión solemne en 1891 después de lo cual fue nombrado ayudante del maestro de novicios. En 1899 Maredsous fundó un monasterio en Lovaina como casa de estudiantes y Marmion fue enviado allí como subprior. Se convirtió también en profesor de teología y en predicador de retiros en Bélgica, Francia, Irlanda y Gran Bretaña que guió a muchas almas del mundo universitario y eclesial hacia la santidad. Intentó siempre unir teología y espiritualidad y a pesar de su intensa actividad pastoral la vida monástica ocupaba el centro de su vida. En 1909 fue elegido abad de Maredsous, una comunidad de 128 monjes. Afrontó numerosos problemas como la ocupación alemana en la primera guerra mundial, el exilio en Edermine (Irlanda), la conversión de los monjes anglicanos de Caldey, el caso del monasterio de la Dormición en Jerusalén y la creación de la congregación benedictina belga. Murió en 1923 y fue beatificado en el 2000.

Marmion era una figura santa y simpática que conservó el sentido del humor irlandés y que destacó como un verdadero maestro de vida espiritual cuya influencia se extendió no sólo en el ámbito benedictino sino en el de toda la Iglesia y en el de otras confesiones cristianas. Su enseñanza era netamente cristocéntrica y surgía de su propia experiencia espiritual y de la meditación de las fuentes bíblicas y litúrgicas, además de los Padres, la Regla de San Benito, San Bernardo y otros autores monásticos. Representó, dentro del movimiento litúrgico, una propuesta original de la antigua tradición cristiana presentada sólidamente en sus fundamentos teológicos y adaptada a las nuevas exigencias espirituales de la Iglesia en las primeras décadas del siglo XX.

La genialidad de Marmion fue la de haber convertido la teología en vida, como no era frecuente en su época, no sólo por su santidad personal sino en la configuración y transmisión de una enseñanza que ponía a Cristo como modelo de perfección para todos los cristianos, que fundamentaba la vida espiritual en la fe y en el bautismo y la colocaba por tanto al alcance de todos, que situaba a la liturgia como fuente de la espiritualidad como declarará posteriormente el Vaticano II y que tomará como base de su teología espiritual el mensaje del Nuevo Testamento, sobre todo de San Pablo y San Juan. Marmion contribuyó así con el rigor de su formación tomista a una mayor profundización del misterio de Cristo y de la vida cristiana concebida como participación en tal misterio a través de la liturgia y como de-

sarrollo de la gracia de la adopción divina a través de la oración, la ascesis y las virtudes.

4. El beato Ildefonso Cardenal Schuster († 1954)

El Cardenal Schuster nació en Roma en 1880[7]. Su padre murió en 1889 y en 1891 comenzó sus estudios en el monasterio de San Pablo Extramuros donde profesó en 1899 después de cumplir el año de noviciado. Obtuvo la laurea en filosofía en el Ateneo de San Anselmo en 1903. Posteriormente fue ordenado sacerdote en 1904 en la Basílica de Letrán y en 1908 fue nombrado maestro de novicios de San Pablo. Desempeñará sucesivamente labores docentes en varios ateneos romanos donde fue profesor de historia de la liturgia (Escuela Superior de Música Sacra), historia de la Iglesia (Ateneo de San Anselmo), liturgia oriental (Pontificio Instituto Oriental), además de colaborar en varios dicasterios de la Santa Sede. Fue elegido abad del monasterio de S. Pablo en 1918, presidente de la Comisión de Arte Sacro, presidente del Pontificio Instituto Oriental y consultor de la Congregación de Ritos. En 1919 publica el primer tomo del *Liber Sacramentorum*[8]. En 1929 Pío XI lo nombra arzobispo de Milán y cardenal y comienza así una intensa actividad pastoral con las visitas a las casi mil parroquias de la diócesis que realizará seis veces, la construcción del nuevo seminario de Venegono y de la nueva sede de la Universidad Católica, la fundación del Instituto de Música Sacra... Durante la segunda guerra mundial se apresuró por mediar ante Mussolini y

7. Cfr. Luigi Crippa (ed.), *Il Servo di Dio A. Ildefonso Card. Schuster OSB nel quarantesimo della morte (1954-1994),* Roma 1994. Gregorio Penco, *Iniziative culturali e fermenti spirituali nel mondo monastico contemporaneo,* en Gregorio Penco (ed.), *Cultura e spiritualità nella tradizione monastica,* Studia Anselmiana 103, Roma 1990. Id., *La vita monastica in Italia dal Vaticano I al Vaticano II,* en «Benedictina» 40 (1993) 177-192. Id., *Erudizione e storiografia monastica in Italia nei primi decenni del Novecento,* en «Benedictina» 19 (1972) 1-16. Id., *Il Novecento: cultura e società,* Brescia 1997. Id., *Storia della Chiesa in Italia nell'età contemporanea,* 2 vols., Milano 1986. Valerio Cattana, *Storiografia ed erudizione monastica tra Otto e Novecento,* en *Il monachesimo in Italia tra Vaticano I e Vaticano II,* Cesena 1995, pp. 473-486. Giovanni Calabria, Ildefonso Schuster, *Le lettere (1945-1954),* Milano 2000. Angelo Majo, *Schuster, una vita per Milano,* Milano 1994. Alfredo Ildefonso Schuster, *Sapientia Cordis. Il racconto della vita monastica,* Seregno 1994. Ildefonso Schuster, *Lettere dell'amicizia,* Modena 1965. E. Guerriero, M. Roncalli (eds.), *Schuster-Roncalli. Nel nome della santità. Lettere e documenti,* Cinisello Balsamo 1996. Tommaso Leccisotti, *Il cardinale Schuster,* 2 vols., Milano 1969. Alfredo Ildefonso Schuster, *La Sacra Liturgia. Il cuore della Chiesa orante,* Casale Monferrato 1996. Id., *La nostalgia del chiostro,* Casale Monferrato 1996. G. Moioli, *Il Cardinale Schuster maestro di spiritualità cristiana,* en *Il Cardinale Ildefonso Schuster. Avvio allo studio,* Milano 1979, pp. 9-33. Angelo Majo, *Gli anni difficili dell'episcopato del card. A.I. Schuster,* Milano 1978.

8. Ildefonso Schuster, *Liber Sacramentorum: note storiche liturgiche sul Messale Romano,* vols. I-IX, Torino 1919-1929.

los alemanes para evitar en lo posible grandes masacres. En este sentido socorrió a los internados en Alemania con trenes especiales. En 1943 luchó por la suspensión de los bombardeos sobre Milán por parte de los aliados. Después de la guerra fundó para los numerosos necesitados dos casas diocesanas de atención a los pobres y a los enfermos. Murió en 1954 y fue beatificado en 1996.

El beato cardenal Schuster conservó durante toda su vida un espíritu monástico humilde, austero y amante de Cristo, como recomienda la Regla de San Benito, con una mirada siempre puesta en la vida eterna. Ha pasado a la historia de la Iglesia italiana como una de sus figuras más eminentes de la primera mitad del siglo XX y la Iglesia ambrosiana conserva las huellas de su vida santa y de su infatigable actividad pastoral en un periodo histórico complejo marcado por vastas transformaciones socio-políticas y en medio de una guerra mundial. En él la figura del monje, del profesor y del intelectual, del arzobispo y del pastor, del cardenal y del fiel continuador de la obra de San Ambrosio y de San Carlos Borromeo tienen un hilo conductor de intensa vida espiritual que ilumina toda la obra y todos los escritos de este pastor que encarna y enriquece la tradición monástica y diocesana de la Iglesia milanés.

* * *

Los caminos de la santidad en la vida religiosa adquieren un ejemplo de pleno significado concreto en la vida de los cuatro beatos benedictinos de los siglos XIX y XX que hemos delineado esquemáticamente poniendo de relieve cómo el seguimiento de Cristo en la vida monástica es fuente de santidad y fecundidad espiritual en los diferentes contextos vitales que la Iglesia vive. Los elementos esenciales de la espiritualidad monástica que configuran la vida diaria del monje como son la celebración litúrgica, la *lectio divina* y el trabajo realizados en la comunidad y en el monasterio producen frutos de vida verdaderamente evangélica al servicio de la Iglesia y de la sociedad. La sencillez de la vida de la beata María Adeodata que apenas salió de su monasterio, la actividad pastoral y caritativa del beato Cardenal Dusmet, la figura del beato Columba Marmion como maestro de espiritualidad para todos los cristianos y la intensa dedicación diocesana del beato Schuster muestran en un determinado contexto histórico de la época contemporánea que la práctica de la Regla de San Benito, que guía el camino monástico de la santidad en occidente, puede iluminar un pleno desarrollo de la vida en Cristo.